

## La política mediterránea de Gran Bretaña durante la Guerra Peninsular

*Great Britain's Mediterranean policy during the Peninsular War*

Maties RAMISA  
Universitat de Vic

### RESUMEN

El artículo expone cuál fue la política mediterránea de Gran Bretaña durante la Guerra de la Independencia y el lugar secundario, pero muy relevante, que tenía en la estrategia general de las guerras napoleónicas. También explica cuál fue el papel que desarrolló la isla de Sicilia como base británica desde 1806, así como el de la isla de Menorca y especialmente del puerto de Mahón desde el inicio de la contienda en España en 1808. Convertida también en base inglesa, Menorca atendía al abastecimiento y reparación de la *Royal Navy* y era el punto de partida de la vigilancia de la flota francesa de Tolón, así como un lugar de recreo de oficiales y marinería. Por último, la comunicación se extiende sobre las características de la intervención británica en Cataluña, tanto en el aspecto logístico como el militar, así como sobre la personalidad y actuación del comodoro Codrington –que mandaba el escuadrón naval que operaba en las costas del Principado– y en la visión que los españoles y catalanes que tenían de los políticos y militares ingleses.

### PALABRAS CLAVE

Guerra de la Independencia; Royal Navy; Menorca; Cataluña; Edward Codrington

### ABSTRACT

The article exposes what was the Mediterranean policy of Great Britain during the War of Independence and the secondary, but very important, place it had in the general strategy in the Napoleonic wars. It explains the role of the island of Sicily as a British base since 1806, as well as that of the island of Menorca and especially that of the port of Mahon since the beginning of the war in Spain in 1808. Converted also into an English base, Menorca served to the supply and repair of the Royal Navy, was the departure point of the surveillance of the French fleet of Toulon as well as a recreation place for officers and sailors. Finally, the communication extends to the characteristics of the British intervention in Catalonia, both in the logistical and military aspects; in the personality and performance of commodore Codrington –who commanded the naval squadron that operated on Catalonian coasts– and in the vision of the Spaniards and Catalans over English politicians and military men.

### KEYWORDS

Peninsular War; Royal Navy; Minorca; Catalonia; Edward Codrington



El presente artículo aborda el conflicto peninsular provocado por la invasión napoleónica desde el punto de vista británico. Se centra en el área del Mediterráneo occidental y más específicamente en Cataluña. La llamada *Peninsular War* por los ingleses –Guerra de la Independencia en España– se ha estudiado sobre todo a partir de las campañas del duque de Wellington por el lado oeste de la Península. Sin negar que la actuación de Arthur Wellesley constituyera el núcleo principal de la intervención británica en esta zona del sur de Europa, ha habido hasta el momento pocas referencias historiográficas sobre la actividad de los ingleses en la parte levantina peninsular.

Y no es que los británicos no concedieran suma importancia a la costa este hispánica, incluso desde antes del estallido bélico de 1808. Allí estaba ya la flota mediterránea de la *Royal Navy* vigilando el litoral y bloqueando los puertos, especialmente el de Cartagena, que albergaba una parte de la flota de guerra española. En 1805 el Gobierno inglés había ordenado un ataque para recuperar la isla de Menorca, a fin de convertirla en base para su escuadra naval, aunque la operación no llegó a realizarse.

Una vez en marcha la insurrección antinapoleónica, los agentes ingleses se desparramaron también por el Levante para fomentarla y asistirle, bajo la dirección del gabinete de Londres y del almirante Lord Collingwood, comandante en jefe de la flota del Mediterráneo. Aunque por razones estratégicas el ejército británico desembarcó en Portugal, los informes recibidos destacaban el alto grado de resistencia que encontraba el ejército imperial en las regiones al sur de los Pirineos, una resistencia que convenía reforzar, especialmente en Cataluña –tan cercana a la base naval gala de Tolón–, el litoral de la cual surcaban los navíos de guerra ingleses.

120

Avanzado el conflicto, la zona levantina peninsular fue adquiriendo un nuevo interés estratégico. Fomentar aquí la guerra significaba distraer un elevado número de tropas francesas, facilitando así los progresos de Wellington por el oeste. Con este fin, dos militares británicos –Philip K. Roche y Samuel F. Whittingham– organizaron sendas divisiones compuestas por soldados españoles con base en Alicante y en Mallorca respectivamente, que reforzaron en 1812 a un cuerpo expedicionario anglosiciliano enviado en principio a Cataluña por indicación de Wellington.

Este artículo se enmarca en una investigación más amplia que pretende profundizar en el papel desempeñado por los ingleses en el Levante peninsular y en las Baleares durante la *Peninsular War*, a partir de las fuentes documentales depositadas en los archivos de Londres y de otros lugares del Reino Unido. El objetivo es ahondar en el conocimiento de las directrices del gabinete de Londres y del almirantazgo para esta área, y en las actuaciones de los escuadrones navales que auxiliaban a los patriotas insurgentes desde Cataluña a Murcia. También se persigue conocer a fondo la situación y evolución de las Baleares bajo protección británica, así como la relación entre los marinos ingleses y la armada española. Asimismo, se desea analizar el papel de los *Military Agents* y conocer mejor el del ejército británico de tierra en la zona levantina. Por último, no es menos importante buscar más elementos acerca del juicio que se

formaron los aliados ingleses sobre la vida, la política, la mentalidad y las costumbres de los habitantes de estas tierras<sup>1</sup>.

El artículo comienza con una breve exposición de la política desarrollada por Gran Bretaña en el escenario mediterráneo durante la guerra contra Napoleón, el contexto en que se producía y las bases marítimas de que disponían los ingleses en la zona. A continuación, se analizan los casos concretos de dos de estas bases, Sicilia y Menorca, cada una con sus peculiaridades. Sigue el apartado central referido a la actuación de los militares británicos en Cataluña, en el que se desglosan las actividades y la personalidad de la figura más destacada, el capitán de navío Edward Codrington. El escrito termina con un apartado relativo a la visión que los militares ingleses se llevaron de los catalanes y del conjunto de España: ejército, política, mentalidad, costumbres y sociedad.

La guerra en el Mediterráneo durante la *Peninsular War* no fue un conflicto de grandes batallas, sino de pequeños combates de corbetas y de botes cañoneros, expediciones sorpresivas y ataques de baterías. Después de Trafalgar (1805), la flota francesa nunca se enfrentó abiertamente con la *Royal Navy*, frente a la que siempre tenía las de perder, no por falta de efectivos sino por carencia de habilidad, adiestramiento y determinación.

Solo hubo algunas escaramuzas entre cruceros de ambos bandos en el entorno de Tolón –la principal base naval francesa en el Mediterráneo, bloqueada permanentemente por los británicos–, cuando los barcos de línea galos hacían ejercicios o pugnaban por romper el cerco a escondidas para cumplir alguna misión; también cuando la flota napoleónica intentó proveer Barcelona<sup>2</sup>, a menudo incomunicada por las guerrillas patriotas y el ejército español.

Otro foco relativamente conflictivo fue la isla de Sicilia, puesta bajo protección británica a partir de 1806. El ejército inglés hizo alguna expedición contra la Península Italiana, ocupada por los franceses, y estos mostraron intenciones intermitentes de asaltar la isla, que nunca se materializaron seriamente.




---

1. Para una aproximación a la política mediterránea de Gran Bretaña durante la lucha contra Napoleón, y a su concreción en la zona levantina de España, hay que partir de algunos monumentales estudios clásicos y completarlos con diversas aportaciones más recientes. Entre los primeros destacan los siguientes: Sir William F. P. NAPIER, *History of the war in the Peninsula*, 5 vols, Nueva York, Ams Press, 1970 (1ª de 1862); Sir Charles W. Ch. OMAN, *A History of the Peninsular War*, 7 vols., Oxford, Clarendon Press, 1902-1914; J. W. FORTESCUE, *A History of The British Army*, 13 vols., Londres, Macmillan, 1910, y José GÓMEZ DE ARTECHE, *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, 14 vols. Madrid, Imprenta Asilo Huérfanos, 1868-1903. Entre los segundos, sobresalen Alfred THAYER MAHAN, *The Influence of Sea Power upon the French Revolution and Empire, 1793-1812*, 2 vols., Londres, Sampson Low, Marston, Searle and Rivington, 1892; Piers MACKESY, *The War in the Mediterranean, 1803-1810*, Londres, Longmans, Green and Co., 1957, y Nick LIPSCOMBE, *Wellington's Eastern Front: The Campaign on the East Coast of Spain 1810-1814*, Pen and Sword Military, 2016.

2. El incidente con el convoy de abastecimiento hacia Barcelona tuvo lugar a finales de octubre de 1809 entre Roses y el sur del Golfo de León, y fue explicado por el mismo almirante Collingwood, comandante de la flota inglesa en el Mediterráneo. Véase Cuthbert COLLINGWOOD, *The Private correspondence of Admiral Lord Collingwood*, [Londres], [s. e.], 1957, carta de 11-1-1809 a su hermana. El almirante Edward Pellew también relata en su correspondencia algunos incidentes con la flota francesa cerca de Tolón: NATIONAL MARITIME MUSEUM (NMM), Caird Library, Londres, 60767, PEL/18, carta de 04-11-1813 a Hallowell; 61454, PEL/21, carta de 13-02.1814 al secretario del Almirantazgo. Los principales historiadores británicos de este período se hacen eco de algunas de estas escaramuzas.

Los teatros principales de la guerra fueron Centroeuropa y la Península Ibérica. El Mediterráneo fue siempre un escenario secundario, pero a pesar de todo muy importante. Por eso Gran Bretaña le asignó la mayor concentración de su poder naval, ya que el mar tenía la llave del Este. Al dominar este mar, los ingleses impedían que Napoleón hiciera efectivo el designio de amenazar la India y de excluir a los británicos del comercio de Levante; por otra parte, el Reino Unido se aseguraba el acceso a Austria, Rusia, el Imperio Turco, Egipto y la misma India<sup>3</sup>; es decir, a los aliados, a los neutrales y a las colonias.

El coste económico del mantenimiento de la flota inglesa en el Mediterráneo fue colosal, pero lo justificaban los objetivos militares y estratégicos que Gran Bretaña quería alcanzar. También había motivos económicos. En el contexto del bloqueo continental implantado por Napoleón a partir de los decretos de Berlín de 1806, el Reino Unido respondió con las *Orders in Council* de 1807, que establecían un cerco igualmente total contra los puertos dominados por el Imperio francés. Los mercantes neutrales no eran respetados por los beligerantes.

El mercado mediterráneo no era tan importante para Gran Bretaña como el de la India, pero en la situación de guerra económica era necesario bregar por las fuentes de materias primas, forzar la entrada de los productos ingleses en todas partes y tomar represalias contra el enemigo. La *Royal Navy* hizo todo lo posible también para fomentar el contrabando que penetraba por las fronteras del imperio napoleónico. El comercio de Francia y de los países satélites desapareció de los mares, y el Reino Unido se convirtió en el almacén del mercadeo mundial. Gibraltar y Malta fueron sus depósitos en el Mediterráneo<sup>4</sup>.

122

Los enclaves mencionados fueron dos de las principales bases británicas en el Mediterráneo. A ellas se añadieron Sicilia –ocupada de hecho por los ingleses desde 1806 con un consentimiento relativo de los monarcas Fernando I de Borbón y María Carolina– y Menorca, donde desde mediados de 1808 la flota inglesa pudo disponer del puerto de Mahón a raíz de la revuelta española contra Bonaparte.

El levantamiento español fue visto desde el primer momento como una gran oportunidad por el Gobierno inglés, que se dedicó a dar el máximo apoyo a la lucha nacionalista ibérica. De hecho, intentó exportar el ejemplo a tierras italianas sin éxito. A partir de 1808, la *Peninsular War* se convirtió en el principal esfuerzo británico, relegando a Italia en las prioridades. Por fin el ejército británico disponía de un territorio desde donde continuar la lucha de desgaste contra Napoleón sin tener que mirar lo que ocurría en el resto de Europa<sup>5</sup>.

Aunque se ha criticado la política inglesa respecto de la Península como carente de convicción, la realidad de los hechos parece demostrar que la prioridad dada al apoyo a la guerra ibérica contra Napoleón no cambió hasta la misma abdicación del emperador en 1814. El gabinete de Londres ni siquiera se fiaba del empuje de la Sexta Coalición,

---

3. MACKESY, *The War in the Mediterranean*, prefacio y pp. 5-8. La *Royal Navy* tenía entre 120 y 130 cruceros de línea (de más de 60 cañones), de los cuales unos 30 eran destinados al Mediterráneo, junto con casi sesenta fragatas y corbetas, además de varias decenas de transportes, 28.000 marines y 30.000 soldados.

4. MAHAN, *The Influence of Sea Power*, vol. II, pp. 272 y ss; MACKESY, *The War in the Mediterranean*, pp. 8 y ss.

5. MACKESY, *The War in the Mediterranean*, pp. 259 y ss.

organizada a raíz del fracaso de Bonaparte en Rusia en 1812, y no abandonó el avance de Wellington en el norte de España<sup>6</sup>.

### Sicilia y Menorca

La isla de Sicilia entró en el juego estratégico entre Francia y Gran Bretaña inmediatamente después de la rotura de la paz de Amiens. Los ingleses la querían como un complemento de la posesión de Malta, demasiado pequeña. En las conversaciones de paz de 1806, Napoleón propuso el control francés de Sicilia a cambio de Hannover o la Dalmacia<sup>7</sup>, pero el Gobierno británico se negó en redondo, porque esto hubiera supuesto abrir las puertas del Este a los franceses.

El emperador decidió entonces presionar militarmente hacia el sur de Italia y amenazar la isla para obligar a Gran Bretaña a enviar tropas y debilitar así la defensa de la metrópoli en unos momentos en que Napoleón todavía soñaba con invadirla. Tras la derrota austriaca de 1805, los Borbones de Nápoles fueron dejados a merced del emperador, y éste volvió la vista hacia el sureste de Europa.

Ello hizo ver a los británicos la importancia del Mediterráneo. Había que dominar los pasos del Adriático y el estrecho de Messina<sup>8</sup>. Cuando las tropas de José Bonaparte entraron en el reino de Nápoles en 1806, los soldados ingleses fueron autorizados por los Borbones napolitanos a desembarcar en Sicilia, donde también se acogieron los mismos monarcas. La isla se convirtió en protectorado británico y en la principal base militar inglesa en el Mediterráneo, así como en el granero de Malta.

La invasión napoleónica de España en 1808 alejó el peligro francés de Sicilia, pero Murat continuó amenazando desde el otro lado del estrecho de Messina hasta 1810. La prioridad del Gobierno inglés era ahora la Península Ibérica y desde finales de 1808 dio indicaciones a los comandantes militares de Sicilia de que enviaran tropas a Cataluña para auxiliar a los patriotas rebeldes<sup>9</sup>. Pero el general Stuart no encontró el momento de hacerlo.

Si bien la posición militar y naval británica en Sicilia tenía una fortaleza precaria pero suficiente, a nivel del gobierno interior era débil. Los Borbones, especialmente la reina María Carolina, mostraban una continua mala voluntad para con los ingleses, y junto al duque de Orleans, que estaba refugiado allí, constituían un foco de intrigas. El último gobernador inglés, lord William Bentinck, quiso dotar a la isla de una constitución liberal y empujar hacia la unidad italiana, pero fracasó y tuvo que erigirse



6. Peter HICKS, "British Strategic Foreign Policy, 1806-1815", en NAPOLEON.ORG (<https://www.napoleon.org/en/history-of-the-two-empires/articles/british-strategic-foreign-policy-1806-1815>, consultado el 25-1-2018). Alicia LASPRA cuantifica en 6.936.022 libras esterlinas el total de subsidios otorgados por el Reino Unido a España, una cantidad muy generosa ("La ayuda británica", en Antonio MOLINER (ed.), *La guerra de la Independencia en España, 1808 a 1814*, Barcelona, Nbla Ediciones, 2007, pp. 153 y ss).

7. HICKS, "British Strategic Foreign Policy...".

8. MACKESY, *The War in the Mediterranean*, pp. 97 y ss.

9. *Ibidem*, pp. 281 y ss.



en dictador. Tampoco los oficiales sicilianos apoyaban la expedición británica en auxilio de Cataluña cuando llegó el momento, en 1812<sup>10</sup>.

La isla de Menorca había estado en el punto de mira británico más de una vez antes de la revuelta española. Por ejemplo, en 1805, cuando en medio de las negociaciones para forjar la tercera coalición, Gran Bretaña había aceptado cambiar Malta por Menorca y había ordenado al general Craig un ataque contra la última. El plan no prosperó<sup>11</sup>. Y es que la isla tenía una situación inmejorable para la vigilancia de las costas españolas y francesas.

Las cosas cambiaron de golpe en junio de 1808, a raíz de la insurrección española contra Napoleón. El almirante Collingwood ordenó el cese de las hostilidades contra España y abrió vías de comunicación con la Junta de Sevilla y con el capitán general de Mallorca, Juan Miguel de Vives. Este había pedido un oficial de enlace, y el vicealmirante Thornbough le envió el capitán Staines. Después de un tiempo de negociaciones, Vives abrió Mahón a la flota británica, donde también se establecería una parte de la escuadra española. Los británicos tomaron las Baleares bajo su protección<sup>12</sup>.

La ciudad de Mahón –que los ingleses llamaban Puerto Mahón– se convirtió así en una nueva base de la *Royal Navy*. Los británicos la describieron en términos muy positivos: puerto encantador, ciudad bonita y limpia, excelente y alegre, ambiente bueno y tranquilo, mercado bien provisto...<sup>13</sup>; en cambio, no les entusiasmó la aspereza y la aridez del resto de la isla.

Las ventajas del cobijo de Mahón para la *Navy* fueron evidentes. Dado que la principal ocupación era la vigilancia del puerto de Tolón, Menorca estaba a solo un tercio de distancia de este respecto de Malta o Gibraltar. Sin tener que vigilar ya Cádiz ni Cartagena, la flota británica pudo unificarse con base en Mahón y no dividirse en dos escuadrones entre Sicilia y el estrecho como hasta entonces<sup>14</sup>. Del puerto menorquín salían los reducidos escuadrones que acechaban los litorales español, francés e italiano; allí se reunían los abastecimientos y se realizaban las reparaciones de los barcos de guerra, y allí hacían escala los cruceros y los mercantes en sus periplos. También servía

124

---

10. Agata Laura Giovanna CRISTALDI, “Il sicilian journal di lord William Bentinck (1812-1814)”, tesis doctoral, Università degli studi di Catania, 2014; véanse las conclusiones y el apéndice (pp. 142 y ss.)

11. MACKESY, *The War in the Mediterranean*, 1803-1810, pp. 67 y ss.

12. THE NATIONAL ARCHIVES (en adelante NA), Londres, CO 173/2, carta de Collingwood de 17-06-1808. Lord COLLINGWOOD, *A Selection from the public and private correspondence of Vice-Admiral Lord Collingwood*, Londres, James Ridgeway, 1828, vol. II, carta de 17-6-1808. El almirante COLLINGWOOD aseguraba que la Junta de Mallorca estaba a favor del apoyo de los ingleses. De todos modos, Vives solo desguarneció las islas para enviar las tropas a Cataluña después de que el almirante inglés le diera todas las seguridades de que los británicos no intentarían ocupar el puerto de Mahón. Para conocer la historia de Mallorca de esta época desde el punto de vista peninsular, véase Antoni MOLINER, *La Guerra del Francès a Mallorca (1808-1814)*, Palma de Mallorca, Edicions Documenta Balear, 2000, y Lluís ROURA, *L'Antic Règim a Mallorca. Abast de la commoció dels anys 1808-1814*, Palma de Mallorca, Conselleria d'Educació i Cultura del Govern Balear, 1985.

13. Testimonios del capitán E. Codrington y del viajero G. Bridgeman en Carlos SANTACARA, *La Guerra de la Independencia vista por los británicos, 1808-1814*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2005, pp. 283 y 692.

14. MACKESY, *The War in the Mediterranean*, pp. 281 y ss.

de refugio para el grueso de la flota –a menudo con el almirante– durante los meses de invierno, esquivando así las tormentas y fuertes vientos del golfo de León<sup>15</sup>.

Cuando estaba concentrada en Mahón, la flota del Mediterráneo presentaba un aspecto imponente: inmensos *three Deckers* alineados junto a cruceros de 74 cañones y de fragatas de 40, la vida ordenada de los marineros a bordo, los disparos de cañón y la mosquetería de las mañanas y noches, los tambores y los pífanos después del toque de diana, la sinfonía militar a la puesta del sol, acompañada de las recíprocas respuestas de los diferentes barcos de guerra... Durante el día, el puerto estaba siempre cubierto por una multitud de barcas y botes, que le daban un aspecto de gran viveza<sup>16</sup>.

Desde que a mediados de 1808 la guarnición militar de Baleares acudió a Cataluña para apoyar la resistencia anti napoleónica, las islas quedaron casi desguarnecidas, protegidas solo por algunos centenares de voluntarios y la presencia de la flota inglesa. El peligro de que los franceses lo aprovecharan para dar un golpe de mano era real, sobre todo si tenemos en cuenta que en Cabrera, en Menorca y en Mallorca se amontonaban miles de prisioneros franceses con sus oficiales.

El capitán naval Benjamin Hallowell denunció la situación de indefensión de las Baleares ya desde principios de 1809, y más tarde se le añadió el capitán Codrington. El primero apuntó que se debería poner guarnición británica en las islas, e insinuó la sospecha de traición; los prisioneros deberían ser enviados a Malta o a Sicilia. Cuando en 1811 el Gobierno español mandó a Menorca un regimiento de soldados valones, la situación a ojos de los ingleses todavía empeoró, ya que estaba compuesto en buena parte por desertores imperiales; a principios de 1812. la Regencia devolvió el regimiento a Alicante<sup>17</sup>. Desde finales de 1811, las islas se convirtieron en centro de reclutamiento y adiestramiento de tropas a cargo del general Samuel Ford Whittingham, y la seguridad mejoró.

Los británicos también consideraban que el gobernador español de Menorca les era hostil, y más bien afecto a los franceses. En 1810 había anclada en Mahón una parte de la inactiva flota española, compuesta de siete cruceros de línea y una fragata; según Codrington, el trato entre oficiales ingleses y españoles era correcto, pero estos odiaban en el fondo a los británicos, que les correspondían con el desprecio por el fanatismo y la ociosidad, y les atribuían inclinaciones hacia los imperiales. Hallowell aseguraba que la población de las islas prefería los franceses a los españoles, y que “*the people of Minorca are Devoted to us*”<sup>18</sup>.

---

15. Las funciones mencionadas del puerto de Mahón se pueden ver en la correspondencia del capitán E. Codrington (NMM, COD / 2/1, COD / 2/2), y del almirante E. Pellew (NMM, PEL/ 17, PEL/ 18, PEL / 20). También en C. N. PARKINSON, *Edward Pellew, Viscount Exmouth, Admiral of the Red ...*, Londres, [s. e.], 1934, pp. 390-392, 398 y ss.; E. OSLER, *The life of admiral Viscount Exmouth*, Londres, [s. e.], 1835, pp. 261 y ss., y O. WARNER, *The life and letters of Vice Admiral Lord Collingwood*, Londres, Oxford University Press, 1968, pp. 206 y ss.

16. PARKINSON, *Edward Pellew*, pp. 415 y ss.

17. BRITISH LIBRARY, Londres (BL), Althorp Papers, Add MS 75958-75959, informes de Hallowell de 22-3-1809, 21-4-809, 5-08-1809, 10-07-1810, 21-09-1810, 9-10-1810, 29-12-1810, 3-02-1812. NMM, Cod/2/1, carta de Codrington de 15-10-1811.

18. BL, Althorp Papers, Add MS 75959, informe de Hallowell de 6-09-1810. NMM, Cod/2/1, carta de Codrington de 13-12-1811. Lady BOURCHIER, *Memoir of the life of Admiral Sir Edward Codrington*, Londres, Longmans, Green and Co., 1873, carta de 25-9-1810. LORD COLLINGWOOD, *A Selection*, Vol. II, carta de 16-03-1809. Hallowell creía que la gente de Menorca sufriría represalias tras la guerra por su manifiesta devoción a los británicos.



En efecto, las relaciones entre los oficiales ingleses y la población menorquina no podían ser más cordiales, según se desprende de las memorias escritas por varios marinos de la *Navy*. Los oficiales que no estaban de servicio salían cada tarde a Mahón. Había bailes en la *posada Alexandrina* –de disfraces en Carnaval– donde los británicos aprendían a bailar las danzas españolas atendidos por chicas mahonesas de ojos oscuros; se hacían tertulias festivas en las casas principales de la ciudad y excursiones al interior de la isla –a Alaior, al monte Toro, a Es Castell–; se organizaban paseos a caballo y juegos de *la gallina ciega*, y se degustaba la gastronomía local<sup>19</sup>.

A veces eran los ingleses los que disponían bailes a bordo de los buques de guerra para corresponder a la hospitalidad de las familias mahonesas, con bandas de músicos incluidas. Incluso los oficiales británicos interesados subvencionaron bailes en el ayuntamiento cada quince días cuando la flota estaba reunida, “para alegría y felicidad de las chicas bonitas de Mahón”. A pesar de la púdica literatura transmitida a la posteridad por las cartas, informes y memorias de los militares ingleses, no es difícil adivinar escondida detrás de las descripciones la práctica de la prostitución<sup>20</sup>.

## Cataluña

### *Características de la intervención británica*

La actuación de las fuerzas navales y terrestres inglesas en Cataluña en el marco de la *Peninsular War* contra Napoleón fue muy importante, y en las tierras valencianas, decisiva. Proporcionaron dinero, armas, municiones y suministros de todo tipo, que desembarcaban en puntos de la costa, pero también transportaron las tropas resistentes de un punto a otro del litoral, expulsaron de la costa a los navíos franceses y dieron apoyo naval y terrestre para operaciones militares concretas.

Los ingleses tenían unos oficiales de enlace con las tropas españolas –llamados *Military Agents*– que coordinaban las peticiones de dinero, armas y abastecimientos, y que informaban a los superiores. Aunque las noticias del Principado que recibía el Gobierno británico provenían sobre todo de los oficiales navales que patrullaban la costa, de vez en cuando llegaban informes del *Military Agent* que seguía al ejército

---

19. Santacara, *La Guerra de la Independencia vista por los británicos*, testimonios de Abraham Crawford y de Edward Codrington, pp. 167, 283 y 322.

20. *Ibidem*, pp. 322 y 361. El teniente Connolly explica: “No sólo bailábamos a placer a bordo, sino que organizábamos bailes privados por suscripción entre los oficiales jóvenes de la flota”, y Abraham Crawford: “mi compañero Bob S. y yo acordamos dar un baile de despedida a “las hijas Mahonesas [*sic*] en las casas de las que habíamos recibido tantas amabilidades”.



español por el interior de la provincia<sup>21</sup>. Dado el estado de extenuación financiera y de suministros en que se encontraban siempre las unidades regulares en Cataluña, la ayuda británica les era imprescindible para poder operar.

En cambio, el resultado de las actuaciones militares concretas en las que participaron los británicos en la zona de Levante solo se puede calificar de mediocre. En tierra, los bonapartistas llevaban la voz cantante –justo al revés de lo que ocurría en el mar– y los ingleses procuraban no arriesgarse demasiado. Por ejemplo, cuando los imperiales sitiaron Rosas en noviembre de 1808, la *Royal Navy* solamente mantuvo dos cruceros en la bahía y envió un centenar de hombres a luchar al lado de la guarnición española<sup>22</sup>.

Tampoco el sitio de Tarragona iniciado por el general Suchet en mayo de 1811 contó con un apoyo militar suficiente de los británicos. Tuvieron tres barcos de línea y alguna fragata ante el puerto –con los correspondientes botes cañoneros– para aportar armas, municiones y suministros, para evacuar heridos, mujeres y niños, y para hostilizar a los imperiales siempre que podían, pero denegaron el desembarco de las tropas inglesas que se habían presentado dos días antes del asalto, lo que supuso la desmoralización de los soldados españoles<sup>23</sup>.

El importante estudio realizado hace ahora una década por Antoni Moliner sobre el sitio de Tarragona deja las cosas claras. Se trata de un relato minucioso –acompañado de la transcripción de una ingente cantidad de documentos– que incluye la evolución militar del sitio, las disputas entre las autoridades resistentes, la estrategia de los bonapartistas, la vida dentro de la ciudad sitiada y en el entorno de la comarca de Tarragona, las dificultades de la defensa y los acontecimientos cruciales de los últimos días.

Según Moliner, las causas de la caída de Tarragona a manos de Suchet se resumen en la incapacidad del capitán general de Cataluña, marqués de Campoverde,



21. Los principales agentes militares ingleses en Cataluña fueron el general Charles William Doyle, el coronel Edwin R. S. Green, y el capitán Charles J. H. Zehnpfenning. Green fue capturado por los franceses en Montserrat en 1812. Una parte de la correspondencia de Doyle se conserva en la *British Library*; muchos informes de Green y de Zehnpfenning se custodian en los *National Archives* y en el *National Maritime Museum*, mezclados con la correspondencia de los almirantes y oficiales navales. Estos documentos completan la visión costera derivada de las cartas del jefe del escuadrón de la *Navy* en el litoral, y son valiosos para conocer la percepción británica sobre el ejército regular, las guerrillas y la vida del interior de la provincia. Un artículo de Daniel YÉPEZ PIEDRA también se refiere a las observaciones realizadas por otros ciudadanos ingleses que transitaban por el interior de Cataluña, en concreto el viajero John Carr y el oficial civil Edward Hawke Locker (“La Guerra del Francès a la Catalunya central observada pels britànics”, en Maria Gemma RUBÍ i CASALS (ed.), *De la revolta a la destrucció: Manresa i la Catalunya central a la Guerra del Francès*, Manresa, Centre d’Estudis del Bages i Ajuntament de Manresa, 2009, pp. 135-155).

22. NA, Londres, CO 173/2, informe del almirante Collingwood de 30-8-1808. Lord Collingwood, *A Selection*, cartas de 13-11-1808, 4-1-1809 y 21-1-1809; Cuthbert COLLINGWOOD, *The Private correspondence of Admiral Lord Collingwood*, cartas de 17 y 19-12-1808. Al sitio de Rosas se refieren también los principales historiadores británicos de la guerra, como NAPIER y OMAN. El almirante Collingwood culpó de la caída de la fortaleza a la inacción de la armada española –que no se movía por falta de fondos– y a la falta de apoyo de la guarnición de Girona y del ejército español de Vives.

23. NMM, Londres, COD / 5/5, informes de 10, 22, 23, 24, 27 y 29-6-1811; COD / 2/1, informes de 18 y 29-6-1811, 1 y 4-7-1811. BOURCHIER, *Memoir of the life...*, cartas de Codrington referidas al sitio de Tarragona entre el 11 de mayo y el 6 de julio 1811. Por supuesto, los principales historiadores ingleses del XIX y principios del XX, como NAPIER y OMAN, y peninsulares -Conde de Toreno, GÓMEZ DE ARTECHE, Blanch, Bofarull, etc.- hacen referencia al asedio y al papel de los británicos.

para auxiliar a los sitiados y conseguir el levantamiento del cerco, la confusión y desavenencias entre los altos mandos del ejército patriota, que llegaron a debilitar el fuerte espíritu de resistencia de la guarnición militar, y la no intervención de los mil doscientos soldados británicos llegados de Gibraltar para auxiliar a la plaza. Moliner concluye que la estrategia de los ingleses era diferente a la de los españoles: ellos no hacían la guerra en su tierra, y les era suficiente con mantener su poderío en el mar<sup>24</sup>.

La tan esperada expedición anglo-siciliana llegada a Cataluña en julio de 1812 – unos 10.000 soldados– no desembarcó en Palamós, sino en Alicante. Tampoco aquí consiguió hacer retroceder a Suchet durante un año. Estas mismas tropas –17.000 hombres– intentaron tomar Tarragona a los franceses en junio de 1813, pero levantaron vergonzosamente el asedio después de diez días.

Algunos oficiales británicos lo excusaban diciendo que en ese ejército había pocos ingleses, pero tampoco era homogéneo el ejército francés. El problema era de mando y de adiestramiento de la tropa. Durante la retirada final de Suchet, el ejército anglo siciliano volvió a ser derrotado en el Ordal, en septiembre de 1813<sup>25</sup>.

Los principales intereses estratégicos que tenía el gabinete de Londres a la hora de operar en Cataluña y en las costas de Levante en general eran dos: dificultar el avance imperial desde el Principado hacia el sur (Valencia, Murcia) y retener en la zona el máximo posible de tropas francesas para facilitar la progresión del ejército de Wellington desde Portugal. El primero no se consiguió, el segundo sí, a pesar de la ineficacia de la expedición anglo-siciliana; el mariscal Suchet no quiso desprenderse de parte de sus hombres y enviarlos al centro de España, porque tenía que hacer frente a los británicos, a los débiles ejércitos españoles del Levante y a la guerrilla.

La *Royal Navy* no era suficiente para detener al ejército napoleónico en Cataluña. Había que enviar allí tropas de tierra. Por ello el Gobierno inglés, ya desde la época del asedio de Rosas, expidió recomendaciones y órdenes a los comandantes militares de Sicilia para que destacaran parte de sus fuerzas al Principado. De todos modos, la escasez global de los efectivos militares ingleses, la multitud de puntos que había que atender, la debilidad de la posición británica en Sicilia –sometida a continuas conspiraciones– y las amenazas de invasión de Murat aplazaron el proyecto hasta 1812.

Algunos militares de la *Navy* recomendaron la aplicación en las costas catalanas de una táctica consistente en la realización de desembarcos intermitentes e imprevistos de pocos miles de hombres aquí y allá con el fin de desorientar a los bonapartistas y destruir las defensas costeras que construían, así como para hacerlos retroceder si emprendían el asedio de alguna ciudad. Lord Cochrane lo propuso varias veces al parlamento de Westminster, pero nunca le hicieron caso; aseguraba que los ataques podían extenderse a la costa francesa con total impunidad, como él mismo había

---

24. Antonio MOLINER PRADA, *Tarragona (mayo-junio 1811): una ciudad sitiada durante la Guerra del Francés*, Madrid, CSIC, 2011, pp. 245 y ss.

25. El principal testigo de estos hechos fue el contralmirante B. Hallowell (BL, Londres, Add MS 75959, informes de Hallowell de 16-5-1812; 5, 18 y 24-7-1812; 30-8-1812; diario de Hallowell entre el 31-5 y el 19-6-1813; informes 3 y 27-10-1813. NMM, Londres, HLW / 3, informes de Hallowell de 29-4-1813; HLW / 4 y 14-5-1813; 4, 12, 16-6-1813, 20-7-1813; 17-8-1813; 15 y 18-9-1813. NAPIER, *History of the war in the Peninsula*, vol. IV, pp. 87 y ss., y pp. 295, y OMAN, *A History of the Peninsular War*, vol. 5, pp. 565 y ss. ; vol. 6, pp. 488 y ss.

demostrado. El contraalmirante Hallowell recomendó en algún momento una actuación similar<sup>26</sup>.

El gobierno de Londres dio mucha autonomía de actuación a las fuerzas militares desplegadas en el Mediterráneo, en parte debido a la distancia. Los almirantes tardaban meses en recibir instrucciones y obraban a menudo según su albedrío. Lo mismo sucedía en la escala inferior: los capitanes navales tenían un amplio margen de movimientos. La conducta del capitán Edward Codrington, que comandaba el escuadrón de tres a ocho navíos destinado a la costa catalana, lo ejemplifica.

El almirante Edward Pellew otorgó toda la confianza a Codrington a pesar del carácter pasional e inestable de éste, y de la tendencia que tenía a inmiscuirse en la política interna del Principado. Codrington protagonizó enfrentamientos con el agente militar Edwin Green y participó de las rencillas internas de los jefes militares que actuaban en Cataluña. El odio que sentía por el general en jefe Luis Lacy y la admiración sin límites por el Barón de Eroles condicionaron del todo su actuación y la visión que tenía de la situación en la provincia<sup>27</sup>.

### *El capitán Codrington*

El almirante Sir Edward Codrington (1770-1851), capitán durante la *Peninsular War*, participó en las batallas de Trafalgar (1805) y de Navarino (Grecia, 1827) entre otras. Había nacido en el seno de una familia aristocrática y terrateniente y tuvo seis hijos; tres de ellos se dedicaron también a la carrera naval.

Codrington es probablemente el personaje británico más destacado de la *Peninsular War* en Cataluña, tanto por la duración de sus servicios en las costas del Principado –dos años y medio, desde septiembre de 1810 hasta febrero de 1813– como por el conocimiento que llegó a adquirir de los asuntos de la provincia y la implicación que mostró. Estuvo destinado aquí durante la etapa central de la guerra, el período en que se produjeron los hechos más relevantes, desde la culminación de la ofensiva napoleónica que consiguió casi la conquista completa del Principado hasta el declive y a muy claro de la causa imperial.

Comenzó sus servicios colaborando en el bloqueo de Tolón y en el de Barcelona, donde había que evitar que los franceses pudieran proveerse. Vino pronto la desastrosa etapa de Campoverde, el general elevado a la máxima autoridad de Cataluña por medio de una revuelta popular dirigida por líderes radicales en Tarragona, tras la pérdida de la plaza de Tortosa a primeros de enero de 1811. En esta época, en abril de 1811, el almirante Charles Cotton nombró a Edward Codrington comodoro del escuadrón naval que efectuaba sus servicios en la costa del Principado.

Sin duda, el hecho más trascendental en que participó el capitán Codrington fue el sitio de Tarragona emprendido por el general Suchet durante los meses de mayo y

26. PARLAMENTARY ARCHIVES (PA), Londres, HC Deb 22 febrero 1812 vol. 21 cc885-93885; HC Deb 16 marzo 1812 vol. 21 cc1298-310, intervenciones de Lord Cochrane. BL, Londres, Add MS 75.958, cartas de 22-3-1809 y 09-10-1810. Hallowell siempre criticó la escasa actividad de la flota británica para ayudar a los catalanes.

27. NMM, Londres, 60.766 PEL / 17, cartas de 18, 22 y 31-7-1811; 2 y 5-9-1811 y 1-11-1811. Pellew se limitó a amonestar paternalmente a Codrington en alguna ocasión. En cambio, el embajador británico Henry Wellesley ignoraba por sistema los informes de este capitán y parece que no le tenía mucho aprecio.



junio de 1811. Aquí el capitán naval puso mucho esfuerzo e implicación a favor de la causa patriota –abastecimiento de armas y víveres a la ciudad sitiada; bombardeo de las columnas imperiales desde el mar; transporte de refuerzos valencianos; evacuación de heridos, mujeres y niños–, pero también reveló sus límites: interferencias no siempre necesarias con el mando de la plaza y no autorización del desembarco de los soldados del coronel Skerret en los últimos días del sitio<sup>28</sup>.

Durante los últimos y dramáticos días de la caída de Tarragona, Codrington descubrió al hombre que podría salvar Cataluña: el barón de Eroles. La comunión con este militar catalán le duró hasta el último día de su estancia en Cataluña. En varias ocasiones presionó al barón para que aceptara la capitania general del Principado<sup>29</sup>, algo a lo que Eroles siempre se negó mientras hubiera un superior jerárquico en la provincia.

En el período siguiente de predominio napoleónico, que se extendió al Reino de Valencia, Codrington continuó vigilando el contrabando hacia Barcelona, colaboró en actuaciones militares en la costa y tuvo buena sintonía con el nuevo general en jefe, Luis Lacy, hasta febrero de 1812. Entonces inició una furiosa campaña contra él por la decisión de Lacy de integrar las guerrillas al ejército regular.

El comodoro se entrevistó varias veces con vocales de la Junta Superior de Cataluña y con el emisario Elías Arxer para propiciar la destitución de Lacy, a quien se negó a entregar armamento<sup>30</sup>. Puso grandes esperanzas en la venida de la expedición anglo siciliana en julio de 1812, que fueron decepcionadas, y aprobó –a pesar de la animadversión personal– la guerra sucia emprendida por Lacy aquel verano. En el último tramo de la estancia de Codrington en el Principado se produjo la culminación de la campaña contra Lacy –ahora con el apoyo de la Junta catalana– y la destitución de este militar en diciembre de 1812. Antes de volver a Inglaterra, el capitán naval tuvo la satisfacción de ver al amigo Eroles nombrado general en jefe<sup>31</sup>, aunque interinamente.

El carácter de Edward Codrington destacaba por varias peculiaridades. Por una parte, valoraba mucho la política, a veces incluso por encima de la milicia a la que servía. Admitía que no tenía suficientes aptitudes militares y reconocía que no quería ser un héroe como Nelson. Consideraba que la labor de los políticos, bien ejercida, podía traer buenas consecuencias para el pueblo, como el bienestar y la felicidad. En cambio, brillantes líderes militares podían arrastrar a una nación a la desdicha<sup>32</sup>.

De hecho, el análisis de la correspondencia de Sir Edward mientras ejerció de comodoro en el litoral del Principado de Cataluña revela que estaba más interesado en la

---

28. El sitio de Tarragona se puede seguir casi día por día a través de la correspondencia de Codrington: NMM, Londres, COD / 2/1 y COD / 5/5, cartas e informes desde 8-5 hasta 4-7-1811. BOURCHIER, *Memoir of the life...*, cartas de Codrington entre 7-5 y 6-7-1811. Los historiadores ingleses culpan al ejército español de la caída de Tarragona, pero también a la decisión de Codrington respecto de los hombres de Skerret (véase NAPIER, *History of the war in the Peninsula*, vol. 3, Libro XIII, pp. 243 y ss., y OMAN, *A History of the Peninsular War*, vol. 4, pp. 496 y ss).

29. NMM, Londres, COD / 2/1 y COD / 5/5, cartas e informes de Codrington de 29-6, 1 y 9-7-1811 y 26-2-1812. BOURCHIER, *Memoir of the life...*, cartas de 20-9-1811 y 5-12-1812.

30. NMM, Londres, COD / 2/2, cartas de 22 febrero y 08 de abril 1812; COD / 5/5, cartas de 26-2- y 9-3-1812. BOURCHIER, *Memoir of the life...*, cartas de 28-2; 7, 17 y 30-3, y 2, 4 y 8-4-1812. Para un estudio en profundidad de la Junta Superior de Cataluña, véase la obra de Antoni MOLINER, *La Catalunya resistent a la dominació francesa (1808-1812)*, Barcelona, Edicions 62, 1989.

31. NMM, Londres, COD/2/2, cartas de 14 y 18-1, y 4, 6 y 24-2-1813.

32. BOURCHIER, *Memoir of the life...*, cartas de 21-10-1810, 27-12-1812 y 25-1-1813.

gestión de los asuntos públicos de la provincia, en la opinión de la población y en la interacción existente entre los líderes civiles y militares –es decir, en cuestiones políticas–, que en la conducción de la guerra en sí misma. Esta última materia la decidía bastante por su cuenta, ya que el almirante le había dado carta blanca, y no solía involucrarse en grandes actuaciones militares.

De otro lado, Codrington simpatizaba con el ala más radical de los *whigs*, a pesar del origen nobiliario que tenía. Mientras sirvió en España, su pensamiento puede calificarse de liberalismo revolucionario. La receta de Sir Edward para implementar la libertad y la independencia en un país absolutista, como era entonces todavía la monarquía española, pasaba por una revolución violenta, que procedería a la exterminación física de los grupos privilegiados de la sociedad, a los que calificaba de corruptos y tiránicos.

“Debido al grado de intolerancia y egoísmo que prevalece en los rangos superiores, la absoluta aniquilación de la mayor parte de ellos se ha convertido en un prelude necesario para la emancipación del pueblo”, escribía el comodoro a su mujer en febrero de 1812. Aplaudió con entusiasmo el establecimiento de la Constitución de Cádiz este mismo año, y a menudo hacía referencia a la normativa de la carta magna relativa a la igualdad y a la libertad ante sus interlocutores españoles<sup>33</sup>.

Las preferencias ideológicas de Sir Edward tiñeron en buena medida su visión de la guerra en Cataluña. Pensaba que para ganar aquí la guerra había que suministrar armas a todo el pueblo y organizar una insurrección general de algún modo concertada con el ejército regular. Es decir, se inclinaba por una guerra popular que en buena medida habría de desarrollarse fuera de las normas militares convencionales. Quizás por este motivo buscaba el trato y la fraternidad con los líderes de procedencia popular o guerrillera, e identificados con el país. Sus predilectos eran José Manso, Francisco Rovira y al comienzo también Francisco Milans del Bosch, pero por encima de todos ellos veneraba al barón de Eroles<sup>34</sup>, al que veía como la personificación de Cataluña.

A la inversa, Codrington evaluaba de forma muy desfavorable al ejército regular español en el Principado y a los militares de carrera como Joaquín Blake y Luis Lacy. De hecho, durante el último año de su estancia en el litoral catalán, el comodoro no dejó ni por un momento de esforzarse en provocar la destitución de Lacy, entonces capitán general de Cataluña, por el que sentía una auténtica hostilidad personal<sup>35</sup>.

La mayoría de los oficiales ingleses coincidían con Sir Edward en la percepción negativa del ejército regular español, al que achacaban con razón falta de preparación y de medios, indisciplina, desorganización, y especialmente una clamorosa carencia de

33. Trad. NMM, Londres, COD / 5/5, carta de 1-5-1812; COD / 2/1, cartas de 15-8- y 1-10-1812; BOURCHIER, *Memoir of the life...*, cartas de 16 y 25-2, y 6-10-1811; 14-2, 5-3, 26-4, 17-9 y 19-12; y 9-1-1813. Es posible que el radicalismo de Codrington se atenuara en la última etapa de su vida. Su biógrafo John SAUNDERS le clasificaba, dentro de la política británica, entre los “*moderate but decided reformers*” (*Saunders’ Portraits and Memoirs of Eminent Living Political Reformers ...: To which is Annexed a Copious Historical Sketch of the Progress of Parliamentary Reform*, Londres, J. Dowding, 1840, p. 165).

34. NMM, Londres, COD / 2/2, informes de 12 y 15-12-1812. El general Milans del Bosch decayó en la estima del comodoro cuando este empezó a sospechar que tenía convenios secretos con el enemigo para dejar pasar los suministros que se dirigían a Barcelona por tierra en la zona litoral.

35. NMM, Londres, COD / 2/1, informe de 17.08.1812; COD / 2/2, informe de 2 y 25 de diciembre 1812; BOURCHIER, *Memoir of the life...*, cartas de 11-11-1811 y 17-3-1812. En su correspondencia de 1812 y 1813, las referencias contra Lacy y a favor del armamento en masa del pueblo son continuas.





mandos capacitados. En cambio, divergían en lo que se refiere a la glorificación por parte del comodoro de la guerra popular y de la guerrilla; los militares británicos se inclinaban en general por el fortalecimiento del ejército convencional español como la mejor opción para ganar la guerra.

El odio del liberal radical Codrington contra Lacy y su devoción por el barón de Eroles y por José Manso no dejan de ser curiosos si se mira políticamente, ya que Lacy era afín al liberalismo; por contra, Eroles sería en el futuro un líder absolutista y José Manso se inclinaría por el moderantismo. Ello parece mostrar que el conocimiento real que el comodoro tenía de la situación política en Cataluña era bastante relativo. De todos modos, durante la guerra las opciones políticas fueron secundarias.

Por último, otro rasgo de la forma de ser de Edward Codrington era la efervescencia emocional. Su correspondencia transmite los altibajos que padecía su estado de ánimo según las circunstancias del momento. Juzgaba a las personas que trataba a partir de la impresión que le causaban; las ensalzaba o denigraba según si le caían bien o no, dejando a menudo de lado otras consideraciones más objetivas. Las exposiciones que escribía sobre la situación del Principado perfilaban inevitablemente un panorama de buenos y malos en el que se resentía la ecuanimidad, por lo que es plausible que los superiores las tomaran poco en consideración<sup>36</sup>.

A diferencia de buena parte de los militares ingleses, Sir Edward era optimista sobre la victoria final en Cataluña y confiaba en el patriotismo de la población<sup>37</sup>. Era sociable y locuaz, pero al mismo tiempo, algo quisquilloso y altanero. No dejaba de dar recomendaciones a los catalanes, y a veces imponía una actuación concreta a las autoridades del Principado. Tal como se menciona más arriba, a lo largo de 1812 Codrington condicionó la entrega de armas y material a que se siguieran sus puntos de vista. En ocasiones mostraba escasa cautela y tacto en la relación con los demás, y era propenso al cotilleo.

A pesar del sesgo de su carácter, Codrington puso pasión y humanidad en la tarea que realizó en las costas del Principado. Declaró muchas veces su afecto y simpatía por Cataluña, y procuró siempre cumplir con el deber. Se esforzó en conocer a los catalanes y mezclarse con la gente, a la que a menudo dejaba subir al *Blake*, el buque de línea que comandaba. También se relacionó con los principales líderes políticos y militares del momento, con algunos de los que compartía cenas y largas conversaciones<sup>38</sup> en alguna taberna costera o dentro del crucero.

---

36. NMM, Londres, COD / 2/2, informes de 2-12-1812 y 21-1-1813. En estas cartas Codrington se quejaba de que no había recibido ninguna respuesta a sus peticiones de destitución de Lacy, y que el embajador Henry Wellesley no lo contestaba nunca. Después de la guerra, Codrington se afaná sin éxito para que el Gobierno inglés le agradeciera los servicios prestados en la costa mediterránea.

37. NMM, Londres, COD / 2/1, informe de 28-8-1812. BOURCHIER, *Memoir of the life...*, cartas de 7-10 y 1-11-1811. Las referencias al patriotismo de los catalanes y a la victoria final son innumerables en su correspondencia.

38. En estos encuentros, que hacía de buen grado, el capitán inglés detestaba, en cambio, la comida grasienta que a menudo le ofrecían, el olor corporal y el humo del tabaco de los interlocutores peninsulares.



## La opinión británica sobre los catalanes y españoles

Al ser aliados y no uno de los dos principales contendientes, los ingleses podían tener un comportamiento más objetivo y valorar con más perspectiva la realidad militar de ambos bandos, así como la situación política y social. Se fijaron especialmente, como es natural, en la situación bastante lamentable del ejército. La guerra provocó un encuentro entre dos países muy diferentes –Gran Bretaña y España– en cuanto a la mentalidad, la estructura política y el desarrollo económico y militar. El contacto no fue tergiversado por la guerra sino, por el contrario, se realizó por medio de una coalición, lo que podía conducir a una relación más profunda.

La convivencia entre los británicos, por un lado, y los catalanes y españoles, del otro, puso de relieve una multitud de aspectos en que los enfoques de unos y otros eran diferentes: eficiencia, organización, sentido práctico, ideología, cultura popular, gastronomía, costumbres ... Por medio de la visión inglesa podemos percibir que había entonces una gran disparidad de maduración en todos los sentidos entre España y Gran Bretaña.

Los españoles se comportaban claramente con los rasgos de un país atrasado: indolencia y escaso interés por la mejora productiva, fatalismo, imprevisión, alta religiosidad, desorganización e ineficiencia, desatención de los débiles por parte de los fuertes, mala calidad de las clases dirigentes, etc. En cambio, los británicos valoraban de sus anfitriones la hospitalidad, la generosidad y la amabilidad, así como el coraje y el atrevimiento en muchas ocasiones.

Los ingleses otorgaron a Cataluña una cierta especificidad dentro de la monarquía hispánica, pero no llegaron –como los franceses– a detectar un sentimiento nacional antiespañol<sup>39</sup>. Esta especificidad pasaba por el nivel superior de resistencia antinapoleónica respecto de otras provincias españolas, visible no solo en las fuerzas armadas sino también en la población civil, y un grado mayor de organización y cohesión social, en comparación por ejemplo con Valencia.

Las opiniones de los británicos sobre los jefes militares y los oficiales del Principado fueron en general bastante negativas. Les atribuían mucha inactividad, falta de habilidades y a veces falta de patriotismo. No sabían organizar, ni mover ni motivar el ejército, y los soldados no confiaban en ellos. Por eso desertaban<sup>40</sup>. Solamente se salvaba Enrique O'Donnell de la crítica.

Parece que la animadversión era mutua. Oficiales españoles e ingleses se detestaban, pero debido a las circunstancias debían tolerarse. Oman matizó las críticas al ejército español y atribuyó buena parte de los defectos a los malos mandos de la época heredados de Godoy y de Carlos IV, y a las enormes dificultades con que se encontró;

---

39. Para profundizar en la visión que tenían de los catalanes los oficiales y agentes franceses que servían en el Principado, véase Maties RAMISA, *Els catalans i el domini napoleònic*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995, pp. 349 y ss.

40. Un botón de muestra de la visión de los oficiales españoles y catalanes son las opiniones del embajador H. Wellesley, del almirante Collingwood y del capitán Hallowell: BL, Londres, Add MS 75959, informe de Hallowell de 20-3-1812; NA, Londres, FO 72/131, informe de Wellesley de 20-7-1812. Lord COLLINGWOOD, *A Selection*, cartas de 4-1-1809 y 4-5-1809. Cuthbert COLLINGWOOD, *The Private correspondence*, cartas de 25-4-1809 y 18-6-1809.



había habido antes un buen ejército –el de Bailén– y volvería a existir, concluía el historiador inglés<sup>41</sup>.

Los parlamentarios británicos abonaban en conjunto la opinión de la desorganización y falta de disciplina que imperaba en los ejércitos españoles. Desde la oposición de Westminster a veces se acusaba a los hispanos de falta de cooperación, y se instaba al Gobierno inglés a tomar medidas directas para mejorar el estado de la fuerza armada española y para reducir el gasto en la Península. El Gobierno se negaba, y el Parlamento británico mayoritariamente avalaba la tesis de la heroica resistencia del pueblo español contra la dominación francesa<sup>42</sup>.

El ejército regular español en Cataluña era ineficaz y se dispersaba con facilidad ante un ataque enemigo. Los ingleses siempre diferenciaban entre el número total de tropas y el número de tropas útiles, y de estas últimas había tan solo unos cuantos miles en el Principado, a pesar de que el volumen nominal ascendía a alrededor de 20.000. Una vez pasado el brillo de la insurrección inicial, tampoco los grupos guerrilleros o cuerpos de voluntarios –como los migueletes– deslumbraron a los ingleses, como sí lo hicieron con los franceses<sup>43</sup>. A sus ojos compartían los defectos de las fuerzas regulares: desorganización, indisciplina, fuga a la vista del enemigo, localismo...

De todos modos, es curiosa la afirmación que hacía Hallowell respecto de la inactividad de las tropas españolas excepto en Cataluña. Durante la segunda mitad de la guerra, también Wellington creía que los mejores soldados del ejército regular español estaban en Cataluña<sup>44</sup>. Los británicos destacaron igualmente las heroicas defensas de Girona, de Tarragona y de Zaragoza, y tuvieron que reflexionar acerca del porqué el coraje era diferente en un reducto amurallado que a campo abierto.

Los oficiales y los agentes británicos valoraron como considerablemente más alto el nivel del patriotismo y del espíritu resistente en Cataluña en comparación con el de otros territorios del Estado. Incluso los más reticentes, como Collingwood y Hallowell, lo admitían. Cataluña era considerada una provincia guerrera. Codrington creía que Cataluña era la Irlanda de España, belicosa pero aciaga, siempre rebelde

---

41. BOURCHIER, *Memoir of the life...*, cartas de 25-9-1810 y 6-1-1811; OMAN, *A History of the Peninsular War*, vol. 1, pp. 89 y ss.

42. PA, Londres, HC Deb 24 febrero de 1809 vol. 12 cc1057-119, intervención de Lord Castlereagh; HC Deb 07 enero 1812 vol. 21 cc17-49, intervención de Lord Jocelyn; HC Deb 27 febrero 1812, vol. 21 cc988-1040988, intervención de Sir Thomas Turton; HC Deb 16 Marzo 1812 vol. 21 cc1298-310, intervención de Mr. Fremantle; HL Deb 19 marzo 1812 vol. 22 cc36-89, intervención del conde Grey.

43. El almirante Collingwood pasó de la admiración por la insurgencia popular inicial a la decepción por la inactividad, el localismo y la fuga ante el enemigo de las tropas regulares en Cataluña después de la pérdida de Rosas. El capitán Hallowell denunciaba la declinación del espíritu patriótico y de la energía combativa entre los españoles y la abundancia de la traición, y consideraba perdida Cataluña tras la caída de Rosas. Solo Codrington se mantuvo inalterable en la confianza hacia el espíritu resistente de los catalanes.

44. BL, Londres, Add MS 75959, informe de Hallowell de 20-3-1812; OMAN, *A History of the Peninsular War*, vol. 7, p. 63.

contra la injusticia y la persecución<sup>45</sup>. El espíritu de los catalanes se acrecentaba con las dificultades, afirmaba.

La conquista de la zona valenciana por Suchet desde finales de 1811 puso en evidencia la tendencia a la sumisión de la población local, a diferencia de Cataluña. Los agentes ingleses constataban la huida de las tropas, la falta de reacción de la población contra el dominio francés y la desaparición de cualquier estructura civil resistente<sup>46</sup>.

En general, los británicos procuraron no interferir en el funcionamiento del gobierno español o de las Juntas provinciales. De todos modos, Wellington no dejó de manifestar al gobierno –con el que tuvo fuertes desencuentros– los defectos de la organización y funcionamiento del ejército español, y los remedios que habría que aplicarles, sobre todo después de que fuera nombrado generalísimo. También manifestó sus opiniones sobre las Cortes y la Constitución<sup>47</sup>, en general negativas.

Su hermano embajador, Henry Wellesley, más discreto, emitió igualmente algunas opiniones respecto del sistema político español, que consideraba poco eficiente. Pero las opiniones no llegaban al nivel de interferencia, excepto en el período final de las Cortes Extraordinarias, cuando el embajador y Wellington propusieron al Gobierno británico un plan para cambiar el Gobierno liberal español, que entonces había adoptado un tono considerablemente antibritánico<sup>48</sup>. También Codrington interfirió abiertamente en la política catalana.

Los británicos en general –y algunos parlamentarios– consideraban que el pueblo español era atrasado y estaba dominado por un clero oscurantista. A nivel político, el despotismo anterior había derivado durante la guerra en una confusión política entre las juntas provinciales (que obedecían poco), las Cortes y la Regencia. Por supuesto, la corrupción del aparato administrativo y militar español era bien destacada




---

45. Lady BOURCHIER, *Memoir of the life...*, carta de 23-9-1811. Es conocida la opinión del historiador NAPIER: “*In Catalonia, all the inherent cruelty of the Spaniards was as grossly displayed as in any other province of Spain; the Catalans were likewise vain and superstitious. But their courage was higher, their patriotism purer, and their efforts more sustained, the somatenes were bold and active in battle, the population of the towns firm, and some of the juntas apparently disinterested*” (*History of the war in the Peninsula*, vol. 1, p. 56). OMAN califica la provincia de Cataluña de escabrosa y belicosa, y afirma que protagonizó una heroica lucha durante la guerra: “*Far more than any other section of the Spanish nation do the Catalans deserve credit for their unswerving patriotism*”; la resistencia contra los invasores “*was delivered with a fierceness and a persistent energy that was paralleled in no other quarter of the Peninsula*” (*A History of the Peninsular War*, vol. 1, p. 301).

46. NA, Londres, FO 72/129, informes del agente Tupper de 22-1-1812 y 21-2-1812, informe de H. Wellesley de 22-3-1812.

47. NA, Londres, informe de H. Wellesley de 4.12.1812. NAPIER, *History of the war in the Peninsula*, vol. 3, pp. 279 y ss.; vol. 4, pp. 460 y ss. Para profundizar en la vertiente política de las discrepancias del gobierno de Londres y de sus principales agentes en España con los sucesivos gobiernos hispánicos y con las Cortes, véase Daniel YÉPEZ, “España en el espejo: la revolución política y la guerra de 1808-1814 en las fuentes británicas”, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2006. YÉPEZ concluye que, para los británicos, los españoles estaban más centrados en los cambios políticos e institucionales que querían llevar a cabo que en la marcha de la guerra. Para los ingleses, el Gobierno español y las Cortes se equivocaban en el orden de las prioridades: lo principal en aquellos momentos debía ser ganar la guerra, no desarrollar un ambicioso plan reformista o revolucionario.

48. NA, Londres, FO 72/145, informe de Henry Wellesley de 7-9-1813; NAPIER, *History of the war in the Peninsula*, vol. 3, pp. 279 y ss.; vol. 4, pp. 472-473.

también por los ingleses<sup>49</sup>. En Cataluña denunciaban que algunos empleados de la intendencia colaboraban en el contrabando del abastecimiento de los imperiales de Barcelona.

Todos los oficiales y agentes británicos coincidían en que el pueblo bajo era el alma de la resistencia, con la ayuda del clero. En cambio, las clases altas y los ricos eran más acomodaticios y la rehuían. En Cataluña, el nivel de patriotismo era alto, pero faltaba organización y sobre todo dirigentes, y sobraba ineficiencia y corrupción. El espíritu de lucha era así derrochado inútilmente. De lo mismo se quejaba Lord Wellington sobre España en 1811: después de tres años de guerra, no había dirigentes en el país, ni generales ni oficiales, ni tropas disciplinadas ni caballería<sup>50</sup>. El Gobierno español había empezado la guerra sin recursos ni almacenes.

Los militares británicos fueron muy sensibles al papel de las mujeres en la resistencia antifrancesa. Collingwood alababa a las de Girona, Doyle a las de Zaragoza y Tortosa, Codrington también a las tortosinas<sup>51</sup>. Por otra parte, cabe destacar la importancia de los bailes como elementos de fiesta y de socialización de los ingleses con los autóctonos, especialmente con las mujeres. Los británicos los fomentaban en todas partes, a menudo en los mismos barcos, otras veces en tierra –en locales públicos o de personas notables de la población–, para conseguir una entrada favorable y la buena predisposición de las “*mamas*” y “*senorinas*”, que influían mucho en el ambiente local<sup>52</sup>. Eran imprescindibles también para el esparcimiento de los militares y marinos británicos.

Al parecer, los británicos no proclamaron la existencia de un sentimiento nacional catalán, a diferencia de los franceses. Cuando hablaban de los habitantes del Principado, usaban indistintamente las palabras *catalanes* y *españoles*. Thomas Cochrane y el capitán Codrington fueron los oficiales que más cerca estuvieron de la constatación de una realidad diferencial, por su tendencia a valorar el espíritu del pueblo, ligado al Romanticismo.

136

## Conclusiones

El teatro mediterráneo fue secundario en la guerra que Gran Bretaña libró contra el imperio napoleónico, pero a pesar de ello su papel fue muy importante; lo demuestra la potente flota de guerra que el Gobierno inglés asignó a estas aguas. Se trataba de impedir el avance galo hacia el este, de interceptar el comercio francés y de sus países satélites, y de recluir permanentemente la escuadra enemiga en Toulon. Al mismo tiempo, la flota británica permitía un espectacular incremento del comercio y del

---

49. PA, Londres, HC Deb 27 febrero 1812 vol. 21 cc988-1040988, intervención de Sir Thomas Turton; HL Deb 30 noviembre 1812 vol. 24 cc11-50, intervención de Lord Grenville. NMM, Londres, COD/5/5, informes de Codrington de 5-3-1812 y 9-5-1812; COD/2/1, informes de 18-5-1812 y 24-0-1812; COD/2/2, informe de 23-5-1812.

50. NAPIER, *History of the war in the Peninsula*, vol. 3, pp. 279 y ss.

51. BL, Londres, Add MS. 15675, cartas de Charles Doyle de 18-10-1808, 12-6-1810 y 5-7-1810. Cuthbert COLLINGWOOD, *The Private correspondence*, carta de 19-10-1809; Lord COLLINGWOOD, *A Selection from the public and private correspondence*, carta de 3-11-1809.

52. SANTACARA, *La Guerra de la Independencia vista por los británicos*, testimonio de Abraham Crawford, p. 322, y de Codrington, p. 445.

contrabando propios, y mantenía el contacto de su gobierno con los estados aliados y neutrales.

No hubo grandes batallas navales en el Mediterráneo; más bien puede decirse que se libró aquí una guerra de baja intensidad, por incomparecencia del enemigo. Se produjeron tan solo algunos breves combates en el Golfo de León, en la costa napolitana y en el Adriático. A pesar del elevado coste económico de su mantenimiento, la flota mediterránea permitió a Gran Bretaña alcanzar de lleno sus objetivos militares y económicos en la zona.

La insurrección española contra la invasión napoleónica dio a Inglaterra la oportunidad de poner el pie en el continente sin depender de sus volátiles aliados europeos. Desde 1808, el apoyo a España y Portugal se convirtió en una prioridad para Gran Bretaña, que no abandonó hasta el final del conflicto. Y en las regiones de la costa levantina dicho apoyo se suministró por medio de los escuadrones de la *Royal Navy* y de los *Military Agents*, hasta que a mediados de 1812 desembarcó un cuerpo expedicionario británico procedente de Sicilia.

Las bases inglesas en el Mediterráneo fueron inicialmente Gibraltar y Malta, a las que se sumaron Sicilia y Menorca. La isla italiana, por su posición central y su extensión, tenía gran importancia estratégica y económica, aunque se convirtió en un foco de intrigas que llevó de cabeza a los gobernadores británicos.

El puerto de Mahón, en Menorca, se abrió a la *Navy* a partir del levantamiento español de 1808, y fue utilísimo para los ingleses. Se convirtió en el centro de operaciones navales para el Mediterráneo occidental, donde invernaba el grueso de la flota con el mismo almirante; sirvió para controlar Tolón muy de cerca, para abastecer y reparar los navíos de guerra que vigilaban las costas españolas, francesas e italianas, y para el esparcimiento de oficiales y marinos. La escasa guarnición militar de las Baleares, la actitud de la población local y las malas relaciones con las autoridades españolas preocuparon en algunos momentos a los británicos.

En Cataluña, la intervención británica hasta 1813 provino exclusivamente del escuadrón de fuerzas navales que el almirante asignaba a sus aguas y que constaba de entre tres y ocho navíos de línea y corbetas según el momento, con las correspondientes embarcaciones auxiliares. Dado el estado de permanente agotamiento de sus recursos, para los patriotas fue vital la ayuda inglesa en armamento y municiones, dinero y todo tipo de suministros.

Los barcos ingleses de guerra también transportaban a las tropas españolas desde un punto a otro del litoral, trasladaban la correspondencia, cañoneaban a los soldados bonapartistas que caminaban por la costa y secundaban operaciones militares concretas organizadas por el mando patriota. Sin embargo, la implicación militar británica en los grandes hechos de armas que se produjeron durante estos años en el litoral del Principado no llegó al nivel esperado.

En general, los ingleses se comprometían en los combates siempre que no peligrara su propia integridad. Si pensaban que este sería el caso, se retiraban de nuevo a la protección de sus barcos. La consigna era tener las mínimas bajas y evitar la destrucción de sus unidades militares. Debe añadirse que, en la zona levantina de España, los bonapartistas fueron casi siempre muy superiores en los combates terrestres. Pueden observarse estas características en los sitios de Rosas y de Tarragona, así como en las campañas que realizó el cuerpo anglo-siciliano.



Los intereses estratégicos del Gobierno inglés en la costa levantina buscaban impedir el avance de los franceses hacia el sur y retener el máximo número de tropas enemigas en la zona para facilitar el avance de Wellington.

La cara visible de la flota británica en el Principado fue el capitán de navío y comodoro Edward Codrington, aunque contrapesada por el *Military Agent* que operaba junto al capitán general español. De Codrington cabe destacar los claroscuros de su presencia en el sitio de Tarragona, su permanente vigilancia del litoral con los objetivos prioritarios de prestar asistencia a los patriotas y evitar el aprovisionamiento de los imperiales de Barcelona por mar, y el enfrentamiento visceral que sostuvo con el capitán general Luis Lacy.

El comodoro tenía una personalidad pasional, apreciaba tanto o más los asuntos políticos que los militares, y profesaba un ideario de radicalismo liberal. Su labor no se ciñó a los cometidos militares estrictos y sostuvo una activa interferencia en la gobernación del Principado. Era optimista en cuanto a la guerra, y confiaba en el patriotismo de los catalanes.

La intervención británica en la Península puso en contacto dos países con mentalidades muy diferentes. Los ingleses vieron a España –incluida Cataluña– como un país atrasado, dominado por unas élites despóticas y un clero oscurantista. Como es natural, concentraron las críticas en el ejército, desordenado y poco preparado; estas mismas características las aplicaban al régimen político. Valoraron el papel de las mujeres en la lucha contra el invasor y otorgaron cierta especificidad a la provincia de Cataluña por el mayor espíritu resistente que demostraba, y por un grado más elevado de cohesión social.